

Los mellis

El cuaderno azul

Daniel Baldi

loqueleg

La noche ofrecía bienestar.

11

Luego de una jornada de intenso calor, Miguel sentía que se aproximaba el final. Había demorado un poco más de lo esperado, pero estaba llegando. Algo que pensaba que le llevaría una semana terminó costándole exactamente el doble de tiempo. Esta demora fue la que provocó la sospecha de uno de sus compañeros de oficina, y por esa razón había una persona estacionada en la esquina de su casa las veinticuatro horas del día.

“Fue Carlos”, piensa Miguel cada vez que se asoma y ve el auto; “Julio sería incapaz”.

Siente la piel pegoteada y se da cuenta de que le está comenzando a emanar un feo olor a transpiración acumulada. Ni siquiera ha querido perder el tiempo en ducharse todos los días, como acostumbra hacerlo. Han sido dos semanas agotadoras, escribiendo y reescribiendo el texto para que quede claro y conciso.

Por suerte, su señora no protesta porque él descuida sus buenas costumbres, y parece aceptar que su marido está haciendo algo importante. Cuando pase toda esta

basura de la que él ha debido ocuparse, ella y sus hijos (quizá ellos más que ella) merezcan una recompensa.

Al volver de la playa, Ofelia baja las escaleras hasta el sótano, el único lugar que Miguel encontró seguro por no haber allí señal de wifi. En cuanto abre la segunda puerta, el marido levanta una mano haciéndole señas para que espere.

—Ya casi termino —anticipa.

12

No es lo que ella espera recibir luego de haber pasado toda la tarde del 24 de diciembre a solas con sus hijos, pero decide que no es momento para iniciar una discusión.

Cuando se está yendo, él la vuelve a llamar.

La joven se da vuelta con gesto resignado y un tanto cansino.

—Bajé sin celular y sin ningún aparato electrónico; ¿es eso lo que me querías preguntar?

Él le regala una sonrisa condescendiente.

—Te amo —dice y vuelve a centrar su atención en el cuaderno.

Un día, hace dos semanas atrás, al regresar del trabajo Miguel cargó a toda su familia en el auto y condujo a los tres hasta un campo ubicado a treinta kilómetros de la ciudad de Colonia del Sacramento, en un enclave donde las torres de comunicación tienen un punto negro (como llaman las empresas hámster a los sitios donde las torres no llegan a captar las señales de celular).

Durante el trayecto, la esposa y los dos hijos del matrimonio iban mirando hacia afuera, preguntándose hacia dónde los estaría llevando el padre, ya que rodeaba toda la situación de tanto misterio. Cada vez que intentaban averiguarlo, él les hacía una seña poniendo un dedo índice sobre los labios para pedirles que hicieran silencio. Finalmente, en medio de la nada, Miguel desaceleró el auto y estacionó.

—A partir de mañana voy a comenzar a trabajar en el sótano de casa y nadie, en ningún momento, puede mencionar mi nombre. Hagan de cuenta que no existo. Si quieren verme, deberán bajar la escalera sin celulares y sin ningún aparato electrónico. Por favor, les suplico que hagan lo que les pido. Será una semana y luego les prometo que todo volverá a la normalidad.

Los tres se quedaron en silencio. Ofelia permaneció mirando a su marido unos segundos y al ver que no había más explicaciones, se volvió para hablar con sus hijos.

—Ya escucharon a papá —dijo—. Debemos obedecer.

—¿Entendieron? —insistió él.

Todos movieron la cabeza al unísono, aunque nadie había entendido nada. Lupe, de siete años, miró a su hermano mayor. No hicieron preguntas porque sabían que el trabajo de su padre en un alto cargo de la empresa Universal Commitment a veces requería mucha confidencialidad, y por su bien no debían andar inmiscuyéndose en sus asuntos. “A veces es mejor no saber”, era la frase que Miguel utilizaba a menudo.

—Los quiero. Solo me tomaré una semana de aislamiento —reiteró, encendiendo el motor del auto nuevamente.

Sin embargo, su autoconfinamiento se había prolongado dos semanas. Ya casi terminaba.

El hecho de que en vísperas de Navidad siguiera escribiendo confirmaba lo trascendente e imperioso que era el tema para él.

14 En la escalera que conduce al sótano, Ofelia no disimula la cara de disgusto, y antes de irse otra vez para arriba le recuerda a su marido que sus hijos lo están esperando para ir todos a lo de los tíos a pasar la Nochebuena.

—Cinco minutos —agrega él, sin despegar los ojos del cuaderno.

Aún le queda revisar el último párrafo, quizá el más importante de todos.

Espero que puedas lograr acaparar la atención y no te traten como a un loco. Lamentablemente, yo ya estoy grande, tengo dos hijos chicos y no me siento con la energía ni las agallas suficientes para encarar lo que urge hacer. Tienes que saber que, de seguir con esto, tu vida va a cambiar.

Lo que escribí en este cuaderno está científicamente comprobado y hay gente dispuesta a hacer cualquier cosa para impedir que se revele.

Deberás tener cuidado de las empresas hámster. Son muchas, están en todos lados y son más poderosas de lo

que te imaginas. En cuanto se enteren de que tienes este cuaderno, van a querer destruirlo y destruirte. Debes ser muy inteligente y valiente. Hay solo una cosa que paraliza a esas empresas: la exposición mediática. Si logras acapararla, tendrás media batalla ganada. No será fácil. Como te dije, están en todas partes.

Mucha suerte. El rumbo de la humanidad puede llegar a estar en tus manos.

Miguel cierra el cuaderno y levanta la cabeza, aliviado. Le resta dar un último y decisivo paso: llevar el cuaderno y arrojarlo en el lugar donde suelen reunirse los jóvenes. ¡Los jóvenes! No sabe por qué, pero tiene mucha fe en ellos.

Los estudió durante mucho tiempo, mirándolos desde lejos. Por lo general, se encontraban en el mismo lugar solo un chico con muletas y una chica pelirroja. Otras veces se les sumaban el novio de ella y dos amigos más.

Por fin, Miguel sube la escalera que comunica la casa con el sótano. Lleva el cuaderno en la mano. Tarea cumplida.

Lupe y Nacho se alegran de verlo, pero él les vuelve a hacer el gesto de que hagan silencio, poniendo el dedo índice sobre los labios.

—Ya vengo —dice, y recoge las llaves del auto de su sitio habitual.

Ofelia está terminando de colocarse una caravana frente al espejo del tocador, y al escuchar que su marido abre la puerta del garaje, sale del dormitorio.

Miguel vuelve a pedir silencio y ante la atenta mirada de los tres, reitera que ya vuelve.

Una vez sentado en su elegante Audi, sabe que tiene que actuar con la mayor celeridad. Lo había dejado estacionado con la trompa de frente a la puerta del garaje a propósito, para poder salir de la casa y meterse adentro del vehículo lo más rápido posible. Desde donde está ubicado, quien está vigilando desde el auto gris estacionado en la esquina no alcanza a ver esa parte de la casa. Miguel sabe que cuenta con segundos a favor.

Abre la puerta con el control remoto, entra al coche, gira la llave de encendido y de inmediato acelera a fondo, logrando levantar cien kilómetros en cuestión de segundos. Toma la rambla de Colonia sin dejar de mirar por el espejo retrovisor.

Queda muy poca gente en las calles. Todos están aguardando la Navidad en sus hogares. Cuando pasa delante del lugar habitual de reunión de los jóvenes, vuelve a mirar por el retrovisor, baja la velocidad, abre la ventanilla del acompañante y arroja el cuaderno barranca abajo.

Vuelve a acelerar, justo en el momento en que las luces del auto gris aparecen detrás de él.

Lo invade una sensación de paz y liberación. Ha logrado su objetivo.

Carlos fue el primero en sospechar y trasladó sus sospechas a Julio.

17

Dentro del departamento de supervisión científica y control ambiental de la empresa Universal Commitment, ellos eran los tres encargados de mayor jerarquía. Venían trabajando juntos hacía más de diez años, desde que esa multinacional con sede central en Europa eligió a Uruguay para instalarse y erigió un fastuoso edificio en la ciudad de Colonia, a menos de cien kilómetros de un pueblito llamado Caracoles. En las cercanías del pueblo se ubicaba una fábrica para la producción de pulpa de celulosa proveniente de eucaliptos.

La misión de las empresas hámster (como se conocen a sí mismas en todo el mundo) es la de impactar en los países de economías debilitadas y desarrollar una gran inversión, así como ayudar a agilizar la burocracia de arcaicos sistemas legislativos, valiéndose de prestigiosos abogados suministrados por las mismas empresas. Las hámsteres son muchas y variadas. Esta de Colonia, llamada Universal Commitment, era la responsable de controlar

la construcción de la papelera, encargarse de los trámites aduaneros de la mercadería que entraba y salía del país, del transporte de cargas del puerto al pueblo y del relevamiento del impacto medioambiental en la zona de la construcción. Todo eso y mucho más ofrecían este tipo de empresas a los gobiernos, para que estos no tuvieran que preocuparse de nada.

18 Carlos, Julio y Miguel eran los responsables de recibir los informes medioambientales, estudiar los impactos en agua, tierra y aire, procesar la información y decidir de qué manera comunicarla. El jefe de ellos —pese a que nadie lo conocía personalmente porque estaba radicado en Buenos Aires— estaba en permanente contacto con las autoridades del país.

Cada funcionario contratado por estas empresas previamente era capacitado y entrenado en los diferentes y rigurosos protocolos que las regían. Todos debían firmar una serie de acuerdos de confidencialidad. La violación de cualquier regla era llevada ante la justicia y en general terminaba con una condena a prisión.

A Julio le costó aceptar la alerta recibida respecto de su compañero de trabajo. Era la primera vez que le ocurría con alguien de su misma oficina. Apreciaba tanto a Miguel que hubiera deseado pasar por alto lo que se le decía; pero el protocolo era tan claro y contundente en ese sentido que obviar una falta de esa índole podía traerle serias consecuencias. Y lo de “serias”, ya sabía, era de verdad. El año anterior, un error de un funcionario de

otra oficina, que por un tonto descuido en el envío de un correo electrónico filtró información, de un día para el otro le hizo perder el trabajo. Nunca más supieron de él.

Miguel era el compañero que más le había enseñado de la profesión y sobre el manejo de la información confidencial. Sin duda era mucho más cercano que Carlos. Este había detectado la aparente falla de Miguel y se la había hecho saber a Julio.

El protocolo era claro al respecto:

“En caso de sospecha, presentar denuncia ante los cargos superiores”.

Tras unos días de prestar atención, a Julio no le quedó otra opción que reconocer que algo estaba mal: lo que ocurría con Miguel era ciertamente sospechoso.

Las empresas hámster cuentan con lujosas oficinas en todo el planeta, donde sus destacados funcionarios pueden (o, más bien, deben) hacer todo allí dentro, sin llevarse trabajo para la casa. Por eso se las decora para que sean muy confortables, y un tanto aparatosas, de tal manera que en su interior más de uno se sienta importante. Se trata de que los trabajadores estén cómodos y satisfechos, aun siendo controlados y, a su vez, controlándose entre sí.

“El control es la base de la nueva era. El control es poder”: tal era el eslogan preconizado estrictamente por los directivos y, por ende, seguido a rajatabla, sin rechistar, por todo el personal.

Todos los días los empleados “*deben*” llegar temprano por la mañana y quedarse hasta la tardecita. Sin horarios fijos. Luego “*deben*” volver a sus hogares para jugar con sus hijos y mirar la televisión. “*No pueden*” llevarse trabajo a casa.

Por esta razón, en los cargos de máxima confianza prefieren contratar a científicos con familias constituidas, así cuando llega el momento de marcar tarjeta para irse, no desean continuar trabajando en sus hogares.

Un lema de estas empresas es: “*El ocio es fundamental y debe ser bien alimentado*”. Otro eslogan subyacente al primero pero que nunca sale a la luz es: “*El ocio reflexivo es la peor amenaza*”. El pensamiento crítico y analítico en la sociedad resulta extremadamente peligroso. Si una sociedad piensa demasiado, habrá menos ocio, menos violencia, menos obediencia, menos consumismo, y por ende... menos negocio.

Por eso, la ostentosa inversión en *marketing* de estas empresas suele estar enfocada en el fútbol, el básquetbol o algún otro deporte, dependiendo de las características del país intervenido. También el interés suele concentrarse en la moda, la música en onda y las chicas, en especial las exhibidas con poca ropa. Se alienta a distraerse con los juegos por computadora, a poseer autos de alta gama, y se propicia un largo etcétera de atractivos que incentiven el consumo desenfrenado. La estrategia de fritar cerebros resulta esencial para el funcionamiento de estas empresas.

Las hámsteres son las principales patrocinadoras de los deportistas de renombre global y vuelcan cifras obscenas de dinero en sus trayectorias deportivas en pos del estrellato. También abordan los programas de televisión en horarios centrales así como las series televisivas en boga, siendo sus principales anunciantes. Por estas vías de acceso a la información masiva, la gente se siente estimulada a hablar de series, de fútbol y de chimentos. La ecuación es perfecta: mucho entretenimiento y, como contrapartida, poco en que pensar.

21

De ahí también se explica lo efímero de la fecha de caducidad de las cosas: ropa, muebles, electrodomésticos, aparatos de todo tipo, dispositivos en general. En efecto, se trata de un modelo de producción con “obsolescencia programada” para acrecentar el consumo de forma exorbitante. Por ejemplo, hay que cambiar sí o sí de teléfono móvil cada tres meses, para estar al día con los modelos que irrumpen de continuo en el mercado.

En suma, la estrategia consiste en propiciar que estén todos en casa, disfrutando de los bienes recientemente adquiridos o renovados, aun a riesgo de aumentar el endeudamiento en la tarjeta de crédito. De ese modo se potencia el control sobre las familias, generando miedo, manipulando al rebaño dentro de un planeta que así se torna más bien de zombies manipulados casi por control remoto. Todos esos ingredientes se mezclan hasta volverse el cóctel perfecto que engorda obesas cuentas bancarias en poder de elites.

Los edificios de las empresas hámster disponen de la tecnología más avanzada del planeta. Por todo lo antedicho, es obvio que sus trabajadores no cuentan con privacidad alguna. Cuando se es contratado, cada acción que se hace —hasta por medio del celular personal— es monitoreada y evaluada por un departamento que se encarga exclusivamente de ese “espionaje” las veinticuatro horas del día.

22

Cuando un funcionario se ausenta, debe justificarlo. También es penalizable no dejar rastro de las actividades en las que se haya participado fuera de la oficina.

Al mirar en la planilla y verificar los rastros de Miguel, Julio cerró los ojos.

Junto con Carlos se propusieron detectar migas (como era llamado el control), pero no encontraron nada visiblemente comprometedor. No se sabía qué demonios había estado haciendo Miguel durante las últimas dos semanas. El GPS del celular no mostraba ninguna actividad relevante, salvo la de estar en casa. Estaba prohibido salir sin el celular intervenido, ni siquiera para llevar a los niños al colegio. El de Miguel revelaba que siempre había estado dentro de la casa, durante aquellos quince malditos días.

Julio miró a su compañero con tristeza.

—Sé lo que estás pensando —dijo Carlos—. A mí me pasa lo mismo —mintió—, pero debemos cumplir con nuestro deber.

Levantó el teléfono para comunicarse con alguien de la empresa: marcó un interno de cuatro dígitos.

Cuando atendieron la llamada, Carlos se presentó y dijo que tenía un caso rojo para denunciar.

De inmediato lo derivaron al jefe local.

El hecho de seguir a alguien, una vez más, en el interior del país a Fabio lo traía cansado y de mal humor. El anterior seguimiento lo había dejado hastiado y con ganas de tomarse vacaciones, pero por culpa de su expareja no podía permitírselo.

“Esa maldita”, protestó, mientras recargaba la mano de maní para devorárselo a continuación. “Aunque por lo menos se hace cargo del niño...”, lo consoló esa voz que aparecía en sus interminables momentos de soledad. Era una voz que le recordaba a su madre y a su abuela, en su niñez, cuando él se enrabietaba porque no le salía algo bien. Buscar el lado bueno a las cosas era el *modus operandi* de aquellas dos mujeres. Para su papá, el lado bueno siempre había estado en la bebida, y eso, sumado a las rabietas, eran las dos condiciones que había heredado de él.

Lo que más deseaba Fabio era una cerveza, una maldita cerveza. Durante todo el día se había calcinado adentro de ese auto de porquería. No era justo. Una cerveza fría lo enmendaría todo. Pero tenía que vigilar y el alcohol estaba prohibido durante el horario de trabajo.

Las interminables horas de espera durante los últimos cuatro días lo agobiaban, y para colmo, lo hacían pensar de manera por demás peligrosa. Estaba triste y malhumorado.

A diferencia del sujeto anterior a quien tuvo que seguir, este parecía un ermitaño. Horas y horas de quietud, sin que pasara nada, y él muriéndose de calor. Tener que seguir a alguien en verano y redactar siempre el mismo informe todas las malditas noches era un verdadero desastre.

“Tengo que apartarme de estos pensamientos y focalizarme en lo que debo hacer”, repetía mientras se arrojaba otro puñado de maníes a la boca.

La adicción al alcohol y su posterior separación de quien fuera su pareja durante diez años lo habían forzado a reinventarse y a comenzar a trabajar como detective privado. En ese rubro se cobraba mejor, sobre todo cuando te contrataba el hombre del acento raro, quien últimamente, por lo visto, estaba necesitando seguir a personas en el interior del país. El anterior seguimiento había sido en Sarandí del Yi; ahora tocaba Colonia.

Tras la separación, Fabio había decidido apartarse de la bebida para poder seguir viendo a su hijo y pagarse el alquiler de un apartamento cercano a la casa de su ex. Ya no tenía a su esposa para amortizar los gastos. Ahora, por primera vez en la vida, debía comportarse como un adulto.

HOY SE QUEDÓ EN LA CASA HASTA LAS 19.
SOLO SALIÓ A TIRAR LA BASURA Y VOLVIÓ A ENTRAR.
FIN DEL REPORTE.

La jornada había sido tan calurosa que las botellas de agua tiradas a los pies del asiento del acompañante eran un claro reflejo de ello. Por momentos se había asado vivo y había tenido que prender el motor del auto para hacer funcionar el aire acondicionado.

¿Quién era que lo contrataba? ¿Por qué?

No lo sabía y no le interesaba saberlo. Mientras cumpliera con la paga, todo bien.

¿Por qué tenía que seguir a una persona hasta la medianoche en vísperas de Navidad?

Vaya uno a saber.

“Un trago, por compasión. Apenas uno”.

Quizá realizaría el informe de las 22 horas con las mismas palabras vacías de siempre y ahí sí, finalmente, se daría semejante privilegio. Al menos hoy no esperaría hasta las doce para sentir el alcohol corriendo por la sangre.

“La última vez que tomaste, no terminó siendo una”, le recordó la voz de su cabeza. Ahora parecía la de su ex.

Otro puñado de maní a la boca. Cerró los ojos tratando de que el maní pasara junto al trago de agua caliente de la última botella de plástico.

“Una cerveza”, le reclamó su cerebro.

Cuando abrió los ojos, casi escupe el buche de agua con maní al ver que el Audi del científico salía de la casa de manera endiablada.

Los maníes que le quedaban en la bolsa se despararon, tosió, se reincorporó y prendió el auto.

“¡Maldición, la pu... madre...!”

Recién avanzó cuando Miguel estaba dando vuelta la esquina.

28 “¿Qué carajo?”, gritó mientras intentaba ganar velocidad.

El tipo no había movido el auto hacía más de tres días y ahora parecía un piloto de fórmula 1.

Lo perdió de vista.

“Esto no aparecerá en el informe, no, no, no”, pensaba mientras salía a perseguirlo.

Cuando lo volvió a divisar, los nervios se le aplacaron.

“Gracias al cielo”, suspiró.

En una esquina del centro, mientras esperaban la luz verde del semáforo, se pegó al auto de Miguel para ver si iba solo. Ambos se miraron a los ojos. Era la segunda vez que hacían contacto visual. La primera vez había sido el primer día de vigilancia, en la única oportunidad en que Miguel había usado el auto, hasta ahora.

Aquella primera vez ninguno de los dos tampoco emitió expresión alguna. Al cambiar la luz, Fabio había dejado que Miguel pasara primero. Miguel se dirigió entonces hasta un cajero y luego de retirar dinero volvió para su casa.

“Maldito”, pensó el detective mientras su corazón retomaba la normalidad.

El lugar donde Miguel arrojó el cuaderno era el mismo al que Rafa y Juana llamaban el Paseo de la Playa. En este sitio se reunieron con todos los amigos recién en la tardecita, ya que, por ser ese día Navidad, la noche anterior se habían acostado tarde.

Felipe llegó en su moto junto a Jhonny. Tras bajar por la empinada escalera y llegar a la casilla, saludaron a todos con un beso, y en el caso de Rafa sumaron el “¡Feliz Navidad!”, porque con Juana y Claudio ya se habían visto en la madrugada, mientras que a Rafa era la primera vez que lo veían en el día.

—¿Cómo estuvo el baile? —les preguntó Claudio.

Cuando a eso de las tres de la mañana Felipe y Jhonny se fueron a bailar a un boliche, él y Juana habían decidido irse a dormir.

—No sé qué les pasa a las mujeres que no quieren andar con un tipo como yo —protestó Felipe, sentándose en el piso.

Jhonny dejó escapar una risita, quedándose de pie. El único banco que había bajo la casilla estaba ocupado por los tres que habían llegado primero.

—Creo que tenés que cambiar la estrategia —opinó Juana.

—Y la cara —agregó Claudio.

Su mejor amigo y compañero de delantera en el Plaza Colonia lo miró con gesto despectivo. Al hablar, se dirigió a Juana.

—Vos —la señaló—, mientras estés de novia con este sujeto repugnante, no tenés derecho a hablar.

El comentario hizo que hasta Rafa se riera con fuerza.

—Si les interesa —intervino el melli— les puedo contar lo que hice yo.

—*Paaaa*, me muero de ganas —ironizó Felipe.

—Comencé a leer la novela más larga y loca que pueda existir en el mundo —continuó, haciendo caso omiso al comentario—. Su título es *La broma infinita* y la escribió Foster Wallace, un escritor estadounidense adicto y depresivo, fanático de Federer y de Nadal. De hecho, la novela se desarrolla en una academia de tenis.

Felipe miró al resto sin decir nada. Todos estaban conteniendo las carcajadas.

—*Guauuu*. ¿Cómo una noche de Navidad no me quedé haciendo lo mismo? ¡Qué gil que soy!

Todos volvieron a reír y siguieron conversando y tomando mate hasta que el sol se fue poniendo por

completo en el horizonte y los mosquitos salieron al ataque.

Al sentir las primeras picaduras, se apuraron a levantar campamento, tirando manotazos al aire. Juana le agarró el bastón a su amigo Rafa y este se aferró a las caderas de su hermano mellizo; de esa manera se le hacía más rápido y sencillo el ascenso.

A mitad del recorrido, Rafael divisó algo que le llamó la atención.

—A ver, Clau, pará.

—¿Qué pasa? —protestó Claudio, enojado por tener que frenar en medio del ataque de los mosquitos.

—¿Qué es eso que está ahí? —preguntó Rafa.

Todos pararon y miraron hacia donde apuntaba el mellizo con el dedo. La que tenía mejor vista era Juana y enseguida adivinó.

—Parece un cuaderno.

—Ok, sigamos —dijo Felipe—. Un cuaderno en vacaciones me da alergia.

—No, no —dijo Rafa—, no recuerdo haber visto nunca un cuaderno allí. Quizá se le cayó a alguien.

—O lo tiraron —agregó Jhonny.

Claudio miró a su hermano.

—No estarás pensando que alguno de nosotros vaya a meterse ahí dentro, ¿verdad?

Pero Jhonny, sin más ganas de esperar un consenso, se agachó por debajo de la baranda, caminó hasta el

cuaderno y volvió a la escalera trayéndolo. Rafael estiró la mano para que se lo diera.

—Gracias, Flaco, sos un crac.

—No hay de qué —respondió el amigo.

Siguieron el ascenso hasta llegar a la vereda de la rambla.

Allí los mosquitos parecían estar con menos apetito.

—Nos vemos mañana —se despidió Felipe, rascándose las piernas.

32

Jhonny les dio la mano a todos y un beso a Juana.

—Ayer hablé con Romi y está mejor —dijo ella.

Jhonny y su amiga habían sido pareja hasta el mes anterior cuando, de común acuerdo, decidieron terminar la relación.

—Me alegro mucho —contestó—, yo también lo estoy.

—Van a andar bien —dijo ella, con cara triste—. Los dos son muy buenas personas.

Él asintió.

Cuando se fueron, Rafa abrió el cuaderno en busca de un nombre o algo que le diera indicios de a quién podía pertenecer.

No encontró ninguna pista, pero la primera frase le llamó poderosamente la atención.

Ojalá seas alguien responsable y con ganas de adentrarte en la aventura más importante de tu vida. Lo que vas a encontrar a continuación supondrá un cambio radical en

tu forma de ver las cosas y hasta en tu manera de pensar. Debes saber que todo lo que leerás está científicamente comprobado y respaldado, pero hay mucha gente que desea taparlo; gente mala y peligrosa que puede poner en riesgo hasta tu propia vida.

Rafa lo cerró y decidió no comentar lo que acababa de leer con los demás.

Juana le dijo a Claudio que se fuera con su hermano porque ella prefería caminar.

—Nos vemos mañana —dijo él y se dieron un beso.

En el camino los hermanos ni hablaron. Rafa estaba tan intrigado con lo que acababa de leer que no podía pensar en otra cosa y Claudio sentía ganas de llegar y tirarse un rato a descansar. Le dolía un poco la cabeza.